

Recuerdos de Marina Tiúnkina, hija de Tiunkin

Uno de mis más tempranos y queridos recuerdos es mi papá sacando punta a un lápiz. Lo hacía virtuosa y concentradamente, con el filo de una navaja, tirando las virutas y el polvillo de mina en una cajita hecha de papel. Iba quedando un cono idealmente regular con una puntita aguda como una aguja. Si el lápiz era afilado para mí, la puntita aguda era quebrada luego presionándola sobre cualquier superficie dura y se la redondeaba con esmero, para que yo, Dios no lo quiera, no me pinchara. El amor a los lápices se gestó en mi papá durante la infancia, cuando dibujaba y diseñaba con apasionamiento y soñaba con formarse como arquitecto. Lamentablemente, la guerra y la evacuación a los Urales le impidieron ocuparse del dibujo y tuvo que rechazar la esperanza de ingresar al instituto de arquitectura. Entonces mi papá decidió estudiar historia de la arquitectura en el área de historia del arte de la Facultad de Historia de la MGU (Universidad Estatal de Moscú). A los chicos que habían terminado la escuela con medalla de plata, en la MGU los admitían sin exámenes y ocurrió que (bien por un malentendido, bien por voluntad del destino) los documentos de mi papá fueron a dar no a la facultad de Historia, sino a la de Filología, al área rusa. Mi papá se dirigió al rector solicitándole enmendar el error, lo logró y de repente cambió de idea: se quedó en la Facultad de Filología. ¿Por qué? Decía que no lo recordaba. Y la afición al dibujo, al diseño, a la caligrafía, encontraba su realización en las tareas conmigo. No había nadie en la primera clase de la escuela que tuviera una caja de letras como la mía, un tan maravilloso reloj de cartón con agujas que daban vueltas, los manuales forrados en papel azul con figuritas pegadas que correspondían a la materia. En el manual *El habla nativa*, por supuesto, se lucía el célebre retrato de Alexandr Serguéievich Pushkin obra de Kiprenski. Con este mismo retrato se abren las *Obras completas de Pushkin en un solo tomo* de la edición de 1949, regalada a mi papá, cuando aún era estudiante del 5º curso, por sus primeros alumnos que participaban en un grupito escolar, con una dedicatoria: «¡Kostia! Le agradecemos que nos haya enseñado de verdad a amar y comprender nuestra literatura. Sus agradecidos del grupito. 10/5/52». A propósito, en ese grupito de mi papá estaba Mijaíl Leónovich Gaspárov, futuro académico de la Academia de Ciencias de Rusia. A Pushkin, mi papá me lo leía en voz alta creo que desde que nació. Al comienzo los romances populares, después *La hija del capitán*, *Pequeñas tragedias*, *El jinete de bronce*, *Borís Godunov*. Su voz fascinaba. En la velada festiva con motivo del ingreso a la MGU recitó *El profeta* de

Pushkin, y causó tal impresión al director de escena del teatro universitario que éste, sin pensarlo, lo invitó al elenco. Pero a mi papá esto no le interesaba. Su talento lector también lo afilaba conmigo. El corazón se sobrecogía cuando sonaba el genial: «¿O no fue un asesino el creador del Vaticano?»¹. A pedido mío y de mamá, mi papá grabó en un magnetofón *El jinete de bronce* y, después, sin decir nada a nadie, agarró y lo borró. Sencillamente no había encontrado a mano un casete limpio para grabar un concierto transmitido por radio: de Gilens o de Richter o de Glenn Gould o de Horowitz. Sin música mi papá no podía vivir. Había empezado a ir al Conservatorio de Moscú siendo adolescente, en los últimos años de la guerra. Había escuchado a Sofronitski² tocando en una sala sin calefacción con guantes sin dedo; estaba admirado de la joven alumna de Heinrich Neuhaus Roza Tamárkina, que murió poco después de una penosa enfermedad; estuvo presente en el concierto de Kozlovski³ cuando éste trajo en brazos desde el palco de artistas a la ya anciana Nadezhda Andréievna Obújova⁴ y cantó junto con ella la romanza *No despiertes los recuerdos*. Las visitas a las salas Grande y Pequeña del conservatorio, a la Sala Chaikovski y al Teatro Bolshói mi papá los consideraba elementos imprescindibles de mi educación y sabía convertirlos para mí en una fiesta. Una vez fuimos con él al Bolshói al espectáculo de fin de curso de la Escuela coreográfica de Moscú y resultó que directamente detrás de nosotros estaba sentado Irakli Luarsábovich Andrónikov⁵, cuya hija terminaba ese año la escuela. En el entreacto mi papá y Andrónikov se pusieron a conversar y para mí esto fue una representación no menos apasionante, si no más, que aquella que se desarrollaba en el escenario. La propia personalidad de Andrónikov y en particular sus palabras: «Usted comprenderá que me invitan a la Casa de Pushkin no por la nariz grande y los ojos pequeños», me provocaron entonces un éxtasis indescriptible. Mucho me gustaban nuestras idas a los conciertos de antes de Año Nuevo, a cuyo regreso nos sentábamos a la mesa festiva y poníamos discos con grabaciones de corales navideños y litúrgicos. Teníamos (y los conservo) un montón de discos. Mi papá hasta los llevaba a la pista de patinaje donde yo ensayaba patinaje artístico para que los niños hicieran sus giros y ochos con los valeses de Strauss y Waldteufel. En nuestra casa la música sonaba siempre. Pero no en la naturaleza. Ninguno de los transistores de moda en aquellos tiempos nos acompañaba en nuestros largos

¹ Frase de Salieri en la pequeña tragedia de Pushkin *Mozart y Salieri*.

² Vladimir Sofronitski (1901-1961), pianista y pedagogo.

³ Iván Kozlovski (1900-1993), célebre tenor.

⁴ (1886-1961) Célebre mezzosoprano.

⁵ (1908-1990) Escritor y crítico.

paseos. Vagábamos los tres, mis padres y yo, por los bosques, los campos, las montañas. Mi papá tenía una asombrosa capacidad de orientarse. Él proponía un camino y nosotras lo seguíamos. En mi más temprana infancia –y en la no tan temprana, hasta los ocho años–, yo, agotada por la larga marcha, me montaba «a caballito» sobre mi papá y colgaba de su espalda como un costal. Las abuelas aldeanas, que indefectiblemente necesitan participar en todo, nos gritaban por detrás alguna cosa del tipo: «¡Pues mira qué yeguita se le trepó al hermano al cuello!» (papá parecía muy joven). Semejante «mochilita» quizás le hacía muy daño en sus hombros, pero él con valentía iba adelante, apoyándose en el cayado. La preparación del cayado era un ritual sagrado, lo mismo que afilar los lápices. Llegado al bosque, mi papá allí mismo se hacía de un vástago de nogal con un cortaplumas y, sentado en un toconcito, se ponía a afilarlo y adornarlo de diseños. A veces incluso inscribía en él ideas que le venían súbitamente a la cabeza. Hay que decir que con el cayado en sus manos mi papá lucía imponente. Una vez pasó que, siendo ya no joven y encorvado, estaba pensativo en un senderito del bosque y una mujer que apareció desde un recodo, al verlo súbitamente, exclamó: «¡Uy, Lev Tolstói!». La abuela de una amiguita mía encontraba que se parecía a Platón Karatáiev⁶, evidentemente porque él sabía crear alrededor de sí una atmósfera de calidez y abrigo. Pero había en mi papá también irascibilidad, lo que lo emparentaba con Saltykov-Schedrín. Conmigo raramente se enojaba, pero si se enojaba, hervía como una tetera y, ante mi quejumbroso «Lo hice sin querer», bramaba amenazante: «¡Sin querer pegan queriendo!». Y después se reía y me llevaba a un paseo en esquís o me iba a cocinar mi favorita papilla de sémola o se ponía a afilar mis lápices de colores, que yo muy rápidamente gastaba dibujando. Aun ahora tengo una incontable cantidad de ellos: minúsculos, gastados casi hasta el otro extremo y completamente nuevos, sin tocar. Huelen estupendamente, a árbol noble y a mi maravillosa infancia.

Traducción y notas de Omar Lobos

⁶ Soldado de origen campesino, personaje de *Guerra y paz*, de Lev Tolstói.